



DOS CARTAS

Mi querido *Raoul*: Circunstancias especiales originan hoy que mis visitas á tí tarden tanto tiempo como el que invierten algunos cometas en aparecer ante los ojos de los humanos seres, despues de recorrer sus estensas órbitas, en los espacios infinitos. ¿Qué extraño es, pues, que de tu elegante semanario, no haya tenido mas noticia que algun suelto de *El Mediodia* que, al avisar á sus lectores su próxima aparicion, me hizo ver que tu incansable amor á la amena literatura, á las bellas artes todas y á las letras en general, había concebido y llevado á término un MÁLAGA, pero no el real y verdadero Málaga, que visto por dentro nos describió con mano maestra *Un malagueño*, sinó un MÁLAGA, periódico semanal, honra de la cultura de una capital, en lo que se relaciona con su parte intelectual, y prueba patente en el orden material, del adelantamiento alcanzado en las artes gráficas, en las que se destacan á primera vista la imprenta y el grabado?

Esperaba, querido *Raoul*, la síntesis de tu obra, traducida en el primer número: esperaba que seria digna de tí y tan acabada como tú sabes hacer las cosas; esperaba tambien, finalmente, que te acordarias de mí, aunque no fuese mas que por el placer de que viese tu obra, enviándome tan ilustrado semanario: por fin recibo el primer número y vi, con efecto, que no habías defraudado mis esperanzas y que tu semanario podia dignamente figurar al lado de los mas selectos, tanto sobre la enciclopédica mesa del sabio, como sobre el perfumado tapete del velador de la mas distinguida dama.

¿Quiéres saber cual fué mi primera idea á la vista de tan rica publicacion? Pues fué de entusiasmo, fué de alegría al ver que no solo sabias concebir, sinó tambien realizar: vi en tí una rara escepcion de nosotros los españoles, que en fuerza de imaginacion sabemos hacer lo primero á las mil maravillas mejor que ningun pueblo del mundo, pero de lo segundo, perdone V. por Dios; vi en fin que nuestras conversaciones cuando en tiempos atrás juntos colaborábamos en un periódico, las ponías en práctica, realizando el ideal de toda tu vida, y por el que varias veces con emocion te vi suspirar.

Yo, que amo lo bueno donde quiera que se encuentre, empecé á recordar mis aficiones periodísticas; me creí poseido del mismo entusiasmo que en épocas pasadas, cuando me daba tan malos ratos solo por el placer de ver que nuestro Director acogiese con fruicion mis humildes trabajos, y te aseguro que solo lamentaba no poseer una imaginacion tan rica en concepciones como es buena mi voluntad hacia tí; lamentaba no ser poeta para que las distinguidas lectoras de tu revista quedasen extasiadas ante las bellezas armónicas de las palabras; sentia, en fin, que mi pluma no fuese todo lo galana y apetecible para dedicarte un artículo ameno todas las semanas.

Así discurría, y no obstante, luchaba con el deseo de contribuir con mi pequeño grano de arena siquiera, para ayudarte en tu empresa. ¿Cómo satisfacer tan encontrados pensamientos? Recordé la vulgar frase de «cuchareta, donde no te llamen no te metas» y resolvíme al silencio.

¿No me ha encargado *Raoul* algunas veces un artículo? ¿No me ha excitado otras á que abandone la desidia que se ha apoderado de mí de algun tiempo á esta parte? Así reflexionaba á solas y esperaba tu indicacion, y en esto creia ser lógico dado nuestro antiguo compañerismo.

Andando el tiempo y las cosas, un dia vi llegar á mi casa un dependiente de tu redaccion; pregunta por mí y recibo un papel doblado: —al fin *Raoul* me avisa—dige, y cádate aquí á tu amigo que se queda mas frio que si le hubiesen echado un jarro de agua con temperatura mas baja que la

marcada en el límite inferior bajo cero del termómetro Farenheit. ¿Qué podia originarme semejante desencanto? ¿qué contenia el papel para producir metal efecto?

Voy á concluir. El papel era nada menos que un recibo; un recibo que satisface prosáico, con un «He recibido de D. M. A. la cantidad de ocho reales, etc., etc.» Es decir, un recibo que me colocaba respecto de tu semanario en el lugar del mas vulgar suscriptor, y antes de que me interpretes en un sentido poco favorable, me explicaré y daré punto final á esta ya estensa epístola

Tu MÁLAGA, si te hubieras inspirado en nuestro antiguo compañerismo, debias suponer que para mí no habia de tener precio, y las cosas inapreciables no pueden tasarse materialmente y menos con relacion al dinero, que si bien es muy bueno, reducido en moneda, para servir de denominador comun de los cambios, segun los hombres versados en la ciencia económica, no puede desempeñar papel ventajoso en lo que se relaciona con las afecciones, unidad de miras ú otros conceptos morales que estan muy por encima de cosa tan material. ¿Como, pues, te has atrevido á tasar todo esto en ocho reales?

Seguramente en ello no has intervenido, aunque te culpo de que conmigo no hayas usado el mismo procedimiento que con *Remo*, á quien no conozco, pero que veo responde á un llamamiento tuyo con un bien escrito artículo, bien cuerdo, como fueron todos los actos del hermano del fundador de la antigua Roma.

Al valorar mi adhesión á tu revista, has tratado de hacer lo absurdo y quimérico, como es medir lo incommensurable, y á tal clase de cantidad corresponde el aprecio que yo hago de tu obra: ya ves como no has debido colocarme en la lista de un suscriptor cualquiera: ya ves que mal contraste forma esto con mi entusiasmo y propósitos de abandonar mi actual desidia en escribir, siquier sean garrapatos y paparruchas, que es lo que salir suele de mi pobre magín.

Despechado acabo de romper unas cuantas cuartillas que tenia emborronadas y hasta que obtenga de la amistad reparacion bastante, conténtate con leer estas líneas, hijas, despues de todo, de un rato que ha querido dedicarte con ese pretesto, tu buen amigo cariñoso

NOARIMA.

Perdoname, querido *Noarima*, si doy á luz tu bella epístola, pero lo merece. Ademas, yo necesito contestarla y quiero que el público lea mi respuesta. Para esto era preciso que antes conociera tu carta; por eso he decidido darla á luz. Tu sabrás dispensarme si obro mal.

No te ofenda el que no te haya pedido tu concurso; á ningun escritor lo he pedido; ni á *Remo*, ni á *Ralph*, ni á *Sabroso*, ni á *Un viejo*, que tanto vale: todos han venido espontáneamente; y no creas que te digo esto por vana jactancia ni pretencioso orgullo; si ellos no se hubieran anticipado á venir, yo hubiera ido á ellos, porque el MÁLAGA los necesitaba, como necesita á los distinguidos pintores que le han concedido su proteccion. Si te hablo así, es porque me enorgullece que el MÁLAGA haya nacido viable, y creo que lo es.

A tí hubiera ido de seguida, antes que á ningun otro, siquiera por el antiguo compañerismo que nos une, si hubiera creído que mi ruego era bastante para sacarte de la atonia literaria en que vives; pero me temia, y me temo, que el amor á tus hijos pueda mas que el amor á las musas, y aunque no son incompatibles estos amores, en tí lo parecen.

Hé aquí por qué no te he llamado; hé aquí por qué no he recurrido á tí, á tí antes que á nadie; porque tu sabes que hace mucho tiempo que vengo acariciando la idea de dotar á Málaga de un periódico digno de ella; de un periódico, que siendo el palenque donde todas las inteligencias vengán á luchar pacífica y honestamente, forme, al mismo tiempo, el lazo de union que nos ligue á todos los que del arte vivimos. Tu sabes que tampoco me guiaba un pensamiento interesado; nada mas lejos de mi ánimo y de mi carácter. Quería fundar el periódico y ganar mucho dinero para hacer incesantemente mejoras en él, hasta que llegara á ser una ilustración á la altura de las que nos vienen del extranjero. Que orgullo para el que realice este bello ideal y para los que le hayan auxiliado! Sin capital, con escasos desembolsos, fundar un periódico, el cual fijara un día la atención del universo literario... Será esto la fábula de la lechera?—No lo creo.

Málaga es un pueblo que tiene elementos suficientes para sostener un periódico de esa índole, y aunque su afición á leer sea poca, y esa poca se la dispute una nube de periódicos, creo que el MÁLAGA sabrá abrirse camino por sí propio, y llegar á adquirir el grado de vitalidad que necesita para ser lo que debe ser; una ilustración que honre á la ciudad que le ha dado vida.

Mas para esto necesita el concurso de todos: el óbolo del grande y del pequeño; del magnate y del obrero. Muchos granos de arena forman la montaña, y muchas gotas de agua el Océano.

Por eso te mandé el recibo, *Noarima* querido; por eso te coloqué en el mismo lugar que al mas prosaico de los suscritores, si es que ésta publicación tiene suscritores prosaicos, que lo dudo; por eso tu nombre figuró en las listas de los paganos. Porque asombrate ¡oh *Noarima*! Málaga no ha respondido á nuestro esfuerzo. No puedo decir que haya visto con indiferencia el MÁLAGA, no; antes al contrario, habrás oído mil alabanzas de él; todos lo buscan y todos lo anhelan: pero muy pocos lo pagan. Hoy querido amigo, no cubre el MÁLAGA sus gastos. Qué le hemos de hacer?—Tal es el pueblo en que vivimos.

El MÁLAGA debía contar ahora, por su valor intrínseco, miles de suscritores, y, sin embargo, no llegan á cientos.

Es que el MÁLAGA no es bueno?—A nadie podrá ocurrírsele semejante idea: los mas distinguidos pintores lo ilustran; las mejores firmas lo colaboran; su parte tipográfica es un adelanto en nuestra ciudad; ¿qué mas puede pedirsele por ahora?—Pero hay mas, yo he estado en el casino en el momento de llegar el semanario, y he visto pedirlo con verdadero deseo, con gusto, y hablar de él y comentarlo satisfactoriamente: y digo lo mismo que antes, todos lo leen, pero pocos lo pagan; y esto es una lástima, porque yo estoy muy dispuesto á hacer grandes sacrificios, pero iré hasta donde mis fuerzas alcancen: mas allá no daré ni un paso, pues sé que mi abnegación sería estéril.

Hoy solo confío en los amigos, cuento con ellos y creo que no me abandonarán; lo demas sería muy triste, pero muy triste! Por eso cuento contigo tambien, porque sé que me ayudarás, sino por mí, por el buen nombre de nuestra ciudad natal.

Tuyo siempre

RAOUL.

X.

Cuando abrí los ojos me encontré sola.

Mi primer pensamiento fué de miedo, pero luego reflexioné que nada lo justificaba, y me incorporé en la cama apoyando un codo en la almohada, la cabeza en la mano, y me puse á meditar en mi nueva si-

tuación y en los nuevos horizontes que ante mí se abrían.

Ya estaba casada: el hombre que habia escogido, el que habia sabido hacerse dueño de mi voluntad y de mi corazón, era ya mi esposo; esposo tanto mas amado, cuanto habia tenido que sostener una lucha lenta, pero tenaz, con mis padres, para que autorizaran mis amores.

Ya era suya; la noche anterior nos habíamos reunido en indisoluble lazo, y en las dulces emociones del primer día de boda, mi alma se esponjaba de felicidad.

Ernesto me amaba, me amaba con toda la fuerza de su pasión; tenia pruebas evidentes de su cariño, y esto influía poderosamente en mi felicidad, porque no á todo el mundo es dado estar seguro de ser correspondido por la persona adorada.

De pronto una idea extraña cruzó por mi mente.

—Por qué no está Ernesto á mi lado? pensé. Por qué me habrá abandonado tan de mañana?

Y como la imaginación de la mujer es una máquina sin freno, propensa siempre á la sospecha, no se me ocurrió que Ernesto estuviera malo; que le hubiera ocurrido algo, quizá grave, sino que huía de mí, que ya estaba hastiado, que habia sufrido un desencanto.

—Si no le habré gustado? me pregunté.

Y llena de ansiedad salté del lecho, me ceñí una bata, y calzándome unas babuchas me dirigí á su cuarto.

Cuando llegué á la puerta me detuve un momento á escuchar, pero todo estaba en silencio.

—Si habrá salido? pensé.

Mi corazón latía violentamente y mis piernas temblaban, como si se negaran á sostenerme. Hubiera sido una decepción terrible para mí que Ernesto me hubiera abandonado aquel día, cuanto mas aquella mañana!

Levanté el picaporte, empujé la puerta, y entré: allí estaba Ernesto.

No pude contener un suspiro de satisfacción.

Ernesto se afeitaba vestido de un pantalón rojo de satin, con la camisa de dormir aun, y con los pies desnudos en pantuflas de tafilete marroquí; se hallaba delante de la ventana, de la cual pendía un diminuto espejo norte-americano, con marco de sándalo, ante el cual verificaba esa *petiaguda* operación de los hombres, en la que ponen toda su atención y todo su cuidado.

Al sentir la puerta se volvió hacia ella, y al verme, una sonrisa de satisfacción se dibujó en sus labios.

—Como es eso, tan temprano y levantada?

—Por qué me has abandonado? le dije con pena.

—Abandonarte yo! que tonta eres. Me desperté temprano, como de costumbre, y despues de contemplarte dormida, como un ángel que eres, no quise despertarte y me vine á mi cuarto á vestirme.

—Pues has hecho mal. Tu has debido despertarte despues, para que yo hubiera podido sorprender tu sueño.

Ernesto se sonrió de nuevo, y rodeando mi talle con su brazo izquierdo, me besó en la frente.

—Vamos, sigue tu *toilette*, le dije; quiero ver como se afeitan los hombres.

EN LA FAROLA



—Sabe V. condesa, que ponen picadero en el Liceo.

—Falta les hace á ustedes, á ver si así se hacen mas sociables.

ECLIPSE DE LA MATERNIDAD



—Señora, no me siento bien.
—Lo creo, Feliciano.

Y arrancándome de sus brazos, me puse á pasar revista al tocador de Ernesto.

Formando ángulo con la puerta de entrada, había una gran ventana, con cumplidas cortinas de muselina blanca, ante la cual se afeitaba Ernesto, y frente á ella la puerta de comunicacion con la alcoba, oculta por una *portier* de reps; en uno de los muros había un soberbio armario de cedro, con gran luna de espejo, y frente á él un *trébol*, al lado de una mesita de nogal cubierta de peines, cepillos, tarros de esencias y pomadas, navajas de afeitar, tigras, ¡que sé yo!; aquello era un *mare magnum*, en que había de todo.

—Y luego nos critican á nosotras, pensé: luego dicen que las mugeres somos presumidas en el tocado; y vea V. aquí un hombre, un militar que ha hecho toda la campaña del Norte, que se ha batido cien veces, y á quien ha cegado el humo de los combates y manchado la sangre de sus enemigos, en un tocador que envidiaría la dama mas encopetada.

Y como me quedára un momento reflexiva, Ernesto, que seguía todos mis movimientos en el espejo, exclamó:

—En qué piensas?

—En nada, digo animándome al sonido de su voz; y marchando hácia él, estuve mirando como la afilada hoja de acero resbalaba sobre sus mejillas, sin herirlo.

El cuello descubierto hasta el nacimiento dejaba adivinar su musculatura de hierro, y los nervios y las venas de sus desnudos brazos, me revelaban su fuerza, que debía ser hercúlea.

Un rato estuve contemplándolo en silencio; él me miraba y sonreía: la felicidad brotaba por sus ojos.

—Me quieres? exclamó.

—Te adoro, Ernesto, le dije, ¿y tú?

—Yo? mas que tú.

—Por qué mas que yo? le pregunté conmovida, ¿dudas acaso de mi pasión?

—No, hermosa mía, no; soy tan feliz, que dudar de tu amor sería un crimen.

Mientras sostuvimos este breve diálogo, Ernesto había cogido la brocha, y llenándola de jabon, se disponía á embadurnarse de nuevo la cara.

—Quieres que yo te hunte el jabon? le pregunté sonriendo.

—Pero, tú sabrás? me preguntó á su vez.

—Sí; ya verás que bien lo hago.

Y cogiendo la brocha, que él me cedió galantemente, me puse á pasarla por su rostro con una torpeza admirable: el pobre Ernesto, se encogía de la mejor manera posible para que yo le alcanzara, y cerraba con mil fatigas los ojos y la boca para no tragar jabon por ellos; tal era mi torpeza.

Una idea estraña, estúpida, que ni yo misma me esplico, cruzó por mi cerebro, y sin darme cuenta de lo que hacía, inconscientemente, quizás por ese deseo innato de dominacion que abriga la muger, le pasé la brocha por la nariz. La idea de ver á aquel bravo guerrero ridículamente enjabonado fué tan poderosa en mí, que no supe contenerme, y satisface mi deseo.

Al verlo así solté la carcajada: Ernesto abrió los ojos, y viéndome reir se miró en el espejo: compren-

dió el ridículo en que iba á caer, y cogiendo una toalla se limpió el rostro.

Al verlo tan serio, temí haber ido quizá un poco lejos, y acercándome á él le dije con voz cariñosa:

—Te has disgustado?

—Sí, me replicó, me has hecho daño. Tu no me quieres.

Al oír aquella frase se desgarró mi alma; dos lágrimas brotaron en mis pupilas y cayendo de rodillas ante él, le grité:

—Perdon, Ernesto, perdon, soy una loca.

—Eres una chiquilla, me dijo conmovido, levantándome del suelo con dulzura y besándome en la frente, pero no vuelvas á hacerlo.

Ernesto me perdonó aquel día, pero yo no me lo he perdonado ni me lo perdonaré nunca.

MARIA DE LA PAZ.

CAMELO

Hace un año, poco mas ó menos, que recorría las calles de Paris una italiana bellísima, de grandes y rasgados ojos negros, tez morena, y modales airosos, haciendo el encanto de los *amateurs* de la música al aire libre y de los Tenorios callejeros. Entre sus mas entusiastas adoradores se contaba un caballero de porte distinguido y aspecto decente, el cual la seguía por todas partes, dejando caer mas de una vez un *louis* en la pandereta de la *singara*, cuando ésta, con la sonrisa en los labios, verificaba su cuestacion.

Un día consiguió hablarla en una de los cafetines del Boulevard. Él se mostró apasionado; ella fria y reservada. Como el caballero se mostrara cada vez mas apremiante, la italiana dió por terminada la conferencia, levantándose bruscamente y saliendo. El enamorado iba á seguirla, cuando un gefe de policía que tomaba tranquilamente su *bock* de cerveza en una mesa inmediata, le dijo tranquilamente.

—No se canse V. mas, caballero, esa muger que tanto le entusiasma, es un *saboyano*, que cansado de limpiar chimeneas, se ha dedicado á la pesca de incautos, disfrazándose de Eva despues de haberse lavado la cara.

El caballero cayó anonadado.

RALPH.

EN UN TREN

Un marido á su mujer:

—Hija mia, ¿vas bien? ¿No tienes frio; no te entra el aire por las ventanillas; no te incomoda el movimiento; no te dá el humo en la cara; no se te duermen los piés; no estornudas?

—Nada esposo, absolutamente nada, voy perfectamente.

—Pues mira, cambiemos de sitio, porque en el mio sucede todo lo contrario.

CASTOR.

SALIDA

Una jóven de negros y rasgados ojos conversaba el otro día en la tienda del Círculo con un elegante caballero.

La conversacion giró sobre el sueño.

—Yo, dijo él, necesito dormir lo menos siete horas.

—¡Siete horas!—esclamó asombrada la bellísima interlocutora... á mí me bastan cuatro ó cinco.

—No me estraña,—contestó el caballero,—unos ojos tan grandes como los de Vd. pueden dormir en una hora lo que en dos los demás.

PEPIN.

AHÍ ME LAS DEN TODAS

—Señor,—dijo un portero al dueño de la casa en donde ejerce sus funciones;—el inquilino del cuarto segundo le ha insultado á usted.

—¡Me ha insultado!... no es posible.

—Sí, señor, ha dicho que tiene V. un portero imbecil.

Yo.

EPÍGRAMAS

A uno que fué á examinarse preguntóle un Jesuita:—

—¿Cuántas cosas necesita el hombre para salvarse?—

—Si es español con dinero, una, (dijo el colegial).—

—Y podrá decirme cual?—

—Emigrar al extranjero.

UN INTRUSO.

GAGES DE UN VERDUGO

Un periódico francés, *Le Voleur*, acaba de exhumar un curioso pergamino que encierra interesantes detalles sobre los emolumentos que correspondían á los verdugos en el siglo pasado.

El asunto es un poquito triste, pero su novedad hará que las delicadas lectoras del MÁLAGA lo vean con curiosidad y me dispensen si les hablo de un asunto que huele á cadalso.

En los registros de la *mairie* de Amiens es donde se ha encontrado este documento y por él vamos á conocer cuales eran las ventajas anexas al empleo

de ejecutor ó *sargento* de la alta justicia, como se llamaban entonces.

Dice así el precitado documento.

«60 escudos por año.—25 por el rey y 35 por la ciudad,—pagaderos mensualmente y anticipados.

Ademas, por la ciudad, 5 varas de paño de Amiens para hacerle un traje, y tiene su habitacion en una casa que pertenece á dicha ciudad. Ademas se le da de limosna en el hospital por navidad, 3 azumbres y 3 cuartillos de trigo y otro tanto en la Pascua.

Se le otorga por salarios:

Por azotar una persona bajo la cortina, 15 sueldos.

Por golpear y azotar una persona en las encrucijadas, 20 sueldos.

Por poner la cuerda al cuello á una persona azotada, incluidas las cuerdas, 60 sueldos.

Por cortar una mano, 40 sueldos.

Por cortar la cabeza, 1 escudo y 20 sueldos.

Por poner la cabeza en un lugar eminente, llevar y ahorcar el cuerpo fuera de la ciudad, 1 escudo y 20 sueldos.

Por romper los miembros en la rueda, 1 escudo y 40 sueldos.

Si despues divide al paciente en cuatro cuartos y lleva los cuartos á diversos parajes de la ciudad, tiene igual salario.

Por atenazar y derramar plomo derretido en las venas, 40 sueldos.

Por descuartizar, 1 escudo y 40 sueldos.

Por meter una persona en agua hirviendo, viva ó extrangulada, 1 escudo y 20 sueldos.

Mediante las cuales sumas, el dicho *sargento* de la fuerza pública está obligado á suministrar y entregar las cuerdas, espada, cuchillo, tenazas, martillo y demás útiles, pero no á suministrar las escalas, horcas, leña, carbon, ni ningun gasto de carbon ó carro.

MAQUIAVELO.

ACRÓSTICO

>mantes deseos tus labios inspiran,
De rosas y nardos se forma tu tez,
Olímpicos soles, tus ojos brillantes
Lucieron un día llenando mi ser;
Orando, pareces la Virgen Maria,
Disueña, semejas un ángel de amor;
El fiero destino que rige mis horas
Zañudo, por siempre de ti me apartó.

REMO.

PASATIEMPO

CHARADA.

A la 2.ª, 3.ª 4.ª, 1.ª, horroriza el Tono.

UN PUÑADO DE CARTAS

NOVELA IMITADA DEL FRANCÉS

POR MIMO

DEDICADA Á LA SRA. VIUDA DE M.***

(Continuacion)

Entre ambos extremos prefirió el ser sincera.
—Confieso, dijo, que he exagerado. En el instante mismo de nuestra conversacion sufría la decepcion cruel de una de esas ilusiones que el cariño engendra y la realidad destruye. Por eso era mi indiferencia hacia las cosas de este mundo, y estas causas equivalen, con poca diferencia, á lo que manifesté á V., dejándome llevar de mi melancolia.

—Tiene V. razon, dijo el jóven, y pierdo doblemente mi apuesta, porque he manifestado á V. que sentía cierto desden hacia las demás mugeres y esto no es verdad. El mal comportamiento de una me habia hecho romper con el sexo entero, pero la delicadeza de otra me vuelve todo mi sentimiento y toda mi pasion, y ahora, ahora es cuando verdaderamente estoy enamorado con toda mi alma.

No hay necesidad de augurar que la dama comprendió de seguida que aquello era una declaracion.

—Mucho lo siento, le dijo, y le tengo á V. lástima, si la persona que ha despertado en V. tan gran pasion, se halla en el mismo caso y con las mismas ideas que V. y que yo.

—Así es, señora, dijo el desconocido.

—Pues crea V. lo que le digo, porque hablo con toda formalidad, replicó la dama. Renuncie V. á agradarla. Las mugeres no rompen tan fácilmente el cariño santificado por Dios y por la sociedad. Mi corazon pertenece á mi marido, y aun cuando él me abandonase, aun cuando me tratara mal, todo lo mal posible, una palabra suya, un movimiento hacia mí, borraría de repente todo el cariño, toda impresion que cualquiera otro hombre hubiese procurado infiltrar en mi alma.

—Ya que V. ha descubierto el juego, dijo el jóven, debo manifestarle francamente y con toda lealtad, que á V. era á quien me dirigía. Habia creido adivinar el estado de su corazon. No se habla del amor para maldecirlo, sin estar en guerra con él, y lo que V. me dice, en vez de quitarme la esperanza, me deja entrever una probabilidad futura. Soy abogado, señora, y en el estado en que se encuentra V. respecto de su esposo, tal vez no esté lejos el día en que recurra á mi ministerio, y crea V. que entónces me apresuraré á servirla.

¿No concluye el cariño pasado por un cariño que nace?

La mayor parte de los rompimientos tienen lugar por enfriamiento de los corazones, y por el choque de un tercero que procura interponerse entre los dos. Nada le pido á V. mientras no la engañen, pero si este día llega, si la abandonan, si la maltratan, ¿por qué no he de procurar ayudarla? ¿por qué no

he de defenderla y tener la esperanza de renovar y aun de avivar la llama, esa purísima llama que quien no supo apreciarla ni comprenderla, deja que se consuma y extinga inútilmente?

Al hablar así el jóven se animaba por momentos. Lo que sentía su alma lo expresaban sus ojos.

La dama se volvió hacia él llena de compasion, y le dijo, acompañando sus palabras de una dulce mirada...

En esto se venia á mas andar la aurora, y la sultana detuvo su relato hasta la siguiente noche, en la que tendrá lugar la conclusion de la «Historia de la dama vestida de negro y del galan misterioso».

No debes saber el desenlace mientras yo no sepa el de tu cuento, pero estoy segura que ha de ser muy diferente.

Prosigue, pues, tu historia, que me va siendo interesante, y veremos como concluye una aventura que comienza bajo tan buenos auspicios.

Adios, querido Eduardo; todo el día pienso en tí, hora por hora, minuto por minuto, y mas, mucho mas de lo que puedes imaginarte; tuya

Elena.

VII

Madrid 20 Mayo.

Te burlarias de mí, querida Elena, y harías muy bien, sino te digese que he comprendido desde el principio cual seria el fin de tu historia.

La dama vestida de negro eres tú.

Ya conocia yo tus ideas y modo de pensar, y no era preciso que insistieras tanto sobre nuestro casamiento y mi modo de ser, para estar al cabo de tus sentimientos hacia mí.

El galan misterioso ha estado muy acertado, y su juicio es muy exacto al decirte que la mayor parte de los matrimonios se descomponen y aun se rompen, cuando los corazones se enfrian y cuando un tercer personage se atraviesa entre ellos.

El corazon frio es el tuyo y no el que late en mi pecho.

Te has apoderado de la idea de que te abandonaba, porque esto acallaba tu conciencia, y sin duda esta idea te fué sugerida allá en las alturas del monte Calvario, cuando el jóven misterioso procuraba interesarte con su amena y entretenida conversacion.

Como solo conseguiria impacientarte si te demostrase que no tienes motivo fundado de queja, tendré el buen gusto de condenarme anticipadamente y convenir en las faltas que crees y que no he cometido.

Y ahora te pregunto; ¿has conocido quien es el héroe de mi historia? Nunca tuve la intencion de ocultarte que lo era yo, pero te ruego que me digas en qué te fundas para adivinar ó presumir el desenlace y decir que no se parecerá al de tu historia.

El cuento de la dama morena y del paseante en corte, se concluye en pocas palabras.

(Continuará.)